

movi6 también al p6blico. Un mundo entero, íntegras las posibilidades de la desesperación humana (y todo ello a partir de una *banal* elucubración literaria en torno al adulterio, aunque como dice el personaje central, citando a Monet: "Son las relaciones entre el tema y yo las que me interesan"), enorme la capacidad totalizadora del cuento que una leyenda negra atribuye exclusivamente a la novela, surgían a borbotones del relato de Ribeyro. Como en una gran lección. Y así sucedió con muchos otros autores, y por eso, al terminar el coloquio, tras las ponencias cuya finalidad fue penetrar a fondo en el secreto de nuestro cuento actual, las discusiones que permitieron establecer enriquecedores y muy diferentes puntos de vista en torno a este género, y tantas lecturas de calidad inolvidable, quién no regresó a su casa convencido —si no lo estaba ya antes— de que había que tomar una nueva actitud ante un género que no es mayor ni menor tampoco; que es y punto, aunque por breve la gente que confunde cantidad con calidad haya pensado alguna vez que había allí menor creatividad, menos arte, más pereza, y mucho menos grandeza.

París, mayo 1980

## DISPARATARIO

CARLOS ILLESCAS

### CARTAS A LUCRECIA

Bella y recordada amiga: Otaola no hubiera permanecido indiferente ante los múltiples talentos que usted despliega, y menos aún frente al encanto que rodea su persona como un subrayado del arte de vivir. Se hubiera entusiasmado y sin

36



que se le pidiese habría disparado en el espacio de un minuto, muchas, muchísimas greguerías, con objeto de rendirle tributo a usted y recordar, de pasada, la ingeniosidad impetuosa de su maestro, y de tantos otros, Ramón Gómez de la Serna.

Usted, mientras tanto, habría experimentando una instantánea simpatía por Otaola, cuya verbosidad solía configurar mundos en los cuales el absurdo efectuaba, en manera consecutiva, pero sin atropellarse, un *strep-tease* tras otro hasta producir la impresión de que la tierra es un largo filme rodado por la melancolía que empuja hacia la resaca de los tiempos idos.

Usted, en un respiro de Otaola —que también acostumbraba tomárselos— le preguntaría cualquier cosa en relación con el tiempo presente. En este punto, él afocaría con la precisión del humanista los cambios que experimenta el mundo. No disimularía su entusiasmo por la gente joven empeñada en penetrar en los problemas que nos acoquinan —palabra sobre la que él, de inmediato, haría un juego—, y juntamente con el entusiasmo mostrado daría dos o tres juicios sobre la última novela de autor español que había leído. Pero no piense usted, exquisita amiga, que la cita devendría ociosa, sino más bien apareciera ilustrando el tema de los hombres que a los 18 o veinte años de su edad, asumen la tarea de rescatar el mundo de manos de transnacionales o gorilas que lo aplastan. Y es que él fue siempre persona colocada de frente al mundo que nos hiera.

Como todos cuantos lo trataron, usted se percataría de su aseo personal, éste acentuado por ropas bien cortadas a la antigua usanza. Deseo expresar con este conato de evocación que Otaola no admitió el *rock and roll* como ejercicio de vida y por

lo mismo su repajolera *weltanschauung* la depositaba en el cante jondo, a ratos en la zarzuela y el tango. Usted habría distraído sus bellos ojos repasando su discoteca. Allí fraternizaban las cartageneras con las zaetas, los fandanguillos de Huelva con las mineras de Asturias; y desde luego polos y martinets tenían su nicho propio, sobre todo si el cantador era Don Antonio Chacón o la Niña de los Peines. Ya usted imaginará cómo era de gitano Otaola, condición de ser y estar bien con Dios y con el duende. Y eso que su patria era San Sebastián que él trasplantó a Madrid, el que después trajo a México no sin antes pasar por San Felipe Torres Mochas, de donde era la también llorada Margarita Paz Paredes.

Amicísimo de Pedro Garfías, Otaola durante muchos años recibió debido a los oficios de Garfías, lecciones preciosas sobre lo que es el jipío y como debe emitirse. "No, decía Garfías frente a nosotros, teniendo a la vista a Otaola y Juan Rejano, las corraleras de Manolo Caracol son adulteración de la verdad del cante. El único que las cantaba de verdad, metida el alma en el sol negro del jipío fue el Niño de Caravaca."

Pero no crea usted que Otaola se la pasaba en los tablados del diario existir entre cante y cante. Trabaja también. Y creo que más de lo necesario. Pero así era él. Orgulloso de sus tareas en una Oficina cinematográfica donde no lo entendían, Otaola, el gran Otaola, casi casi como una réplica empaticante del Barthleby de Herman Melville, desde las primerísimas horas de la mañana, diga usted las seis, se hallaba frente a su escritorio de trabajo. Acompañado nomás por los primeros colores del alba leía todos los libros que es lícito —y también ilícito— imaginar. Sobre todo novela. Si a usted se le hubiera ocurrido, por ejem-

plo, preguntarle por Gunther Grass en los momentos en que éste escribía sus primeras páginas, Otaola, con la seriedad azul cantábrico de sus ojos le habría dicho todo cuanto resultaba operante conocer en torno al autor. En efecto, poseía la intuición suficiente para saber que tanto en Alemania como España y la Argentina, pasando por México desde luego, siempre está naciendo un Gunther Grass. Era medio brujo en cuestión de saber dónde puede hallarse el hecho literario en su más acendrado grado en una novela, sin que para dicho efecto debiera siquiera hojearla. No tenía medida. Pero ha de saber, admirada, dulce amiga, que Otaola se hizo de casi toda su vasta cultura en esta ciudad. Solo le bastaba tomar conciencia de sus carencias como para imponer una praxis del conocimiento impostergable. Un día se dijo, no sé nada de literatura norteamericana. A los tres meses, ya la había leído toda. Y así, ocurrió con la francesa, la alemana, la rusa y pare usted de contar.

¿Y con la música qué? Hace muchos años, en un precario tocadiscos, hacía desfilar a todos los maestros que en el mundo han sido. A mí —perdón por ponerme de por medio— muchas veces me sorprendió con obras y autores que no registraba mi conocimiento. Solamente la música, yendo por otros montes ubedeanos, alcanzaba a aplacar su sed verbalizante. Frente a ella permanecía serio; a veces gesticulaba como si tratara de imitar los movimientos en el atril de Bruno Walter. La Landowska le había sorbido el seso, y el concierto para orquesta de Bartok le arrancaba lágrimas de entusiasmo. En este punto refería cómo un tío suyo allá en la vieja España lo había destinado a clarinetista y que pese a padecer la rutina del solfeo y demás molestias de un aprendizaje que no se consumó, nunca llegó a odiar la música, sino todo lo contrario. La amó siempre y, por fortuna, fue correspondido por ella.

Resultará para muchos casi imposible hacerse de un amigo de las alturas de Otaola. El había nacido para inmortalizar a todos cuantos les concedía su afecto. Al minuto quedaba uno informado de la vida prodigiosa y andanzas admirables de Don Antonio Granados, por ejemplo, quien además de jurista de campanillas, era excelente cocinero, buen padre de familia y autor de páginas literarias dignas de figurar en lo más escogido de las antologías. Retratista por natu-



raleza, Otaola iba de las epopeyas personales a las epopeyas íntimas. En este último capítulo dejó admirables cuadros como el que le hizo en pocas pinceladas verbales a Tito Monterroso (Augusto para sus íntimos): "Monterroso es tan chiquito, tan chiquito, que no le cabe ni la menor duda."

Pero también sabía arrebatarse frente a la solemnidad, la pedantería y la injusticia, que, al parecer, son toda y una misma cosa. Los fariseos, los cagatintas, los calvos falsos, los prefacistas de la cursilería, los epatantes, caían en las ergástulas que él tenía preparadas para encarcelar a tales bichos. En un breve libro, cuento moral similar a *La hora de todos* y *la fortuna con seso* y *El mundo visto desde dentro*, de Quevedo, Otaola refiere que hay un lugar muy mexicano adonde van quienes por los vicios referidos, merecen tal condena. Si usted desease obtenerlo, lo cual habrá de resultar casi imposible, oriéntese por estos datos: *El lugar ese*, Editorial Los Presentes, que hace varias décadas dirigió el hoy celerépido Juan José Arreola.

Como podrá usted apreciarlo, amiga la más bella, en estas letras apenas si pude acercarme a la persona de nuestro amigo Otaola, nunca llorado suficientemente. Pero en otra ocasión me será reconfortante referirle otras andanzas de tan noble y entrañable amigo.

Capítulo especial lo constituirá mi testimonio sávido. Juanita, su esposa, nacida en Eibar, hermosa tierra de incansables luchadores, preparaba los platillos más inesperados de que hombre alguno tenga memoria. El mismo Francisco Pina, cuyo vegetarianismo era ampliamente reconocido, muchas veces claudicaba y sin decir palabra de exculpación se embaulaba manjares que el marqués de Savarin habría ontologado.

En próxima ocasión le referiré las relaciones con otras amistades comunes, además de Pina, Monterroso, Rejano, Garfias, Don Antonio Granados y verá usted, entonces, qué hombre y de qué valía ha perdido el mundo.

Como siempre, beso su mano.

## Cine

POR  
ANDRES DE LUNA

### LAS TRIBULACIONES DEL JOVEN VISCONTI

Los Visconti fueron de esos príncipes enojados y holgazanes que asistieron al parto del Renacimiento; ellos eran los amos de la nobleza lombarda, su poder excedía absolutamente al de los Sforza; su riqueza era conocida en todas las repúblicas italianas, por lo que algunos aventureros, artistas y putillas de toda clase intentaban colarse por las amplias salas de la residencia viscontiniana con afanes entre económicos, políticos y sexuales o una mezcla un tanto promiscua de todo esto. Si estaban en buena disposición de ánimo los señores re-